

HÉCTOR FUENZALIDA

DE AQUI Y DE ALLA, TEMAS
ACTUALES

LA "HISTORIA PERSONAL" de ALONE, MANERA de NO HACER HISTORIA

La primera vez que vi en librería este alegre libro con un hermoso retrato en la cubierta, creí que era una biografía del actor George Sanders. La grande y bien dibujada nariz, la imponente quijada y ese aire un poco belicoso, un poco altivo, del retrato de Alone, me indujeron al error, culpa de mis ojos y culpa también del fotógrafo que sabe su oficio, que defiende el parecido, acentúa la austera virilidad del rostro, sin desdeñar la lisonja de Hollywood.

El libro agrada, sorprende, entretiene, predispone a nuestro favor, porque escrito en estilo sin artificio, sin erudición (casi diríamos para gran público), luciendo claridad, talento, ingenio, pulcramente escrito, está en él todo lo bueno y lo malo del autor. Con sus picardías, su seriedad, nos parece oír, al leer, su entonación quejumbrosa y nasal, tan de él, quejumbre de quien busca y no halla; de quien ha leído todo para encontrar solamente, aquí y allá, la pepita de oro escondida entre tanto oropel, tanto mal gusto, como el que residua, en el tránsito de cuatro pedregosos siglos, nuestra todavía joven literatura.

Nadie podrá negar a Alone eso porque él es algo de nuestra historia: su encomiable paciencia de lector para estar en la literatura por cerca de cincuenta años, tutelar, terrible, lisonjero, despótico, comentando, criticando, zahiriendo, elogiando, con una sonrisa dominical, como juez del buen gusto, celebrado o aborrecido . . . Se necesita valor, paciencia y no poco de tozudez; porque lo bueno es que, como anotaba José Donoso, hace su oficio sin cansancio, con deleite.

Entonces, ¿qué hay que repararle? . . . Bien ganada libertad de opinión y crítica de quien ha hecho de su vida un celibato literario. Qué importan sus arbitrariedades, pues, sus rencores e inquinas, lejanos o tardíos, sus crueldades pequeñas, si todo lo hace límpidamente, buscando un bien, exhibiendo una obra sin queja que no acusa el tedio del oficio, como si en la lucha que ella esconde, nada valiera el esfuerzo personal de formarse un estilo y un criterio.

Nadie, pues, con más títulos para fabricarse una *Historia personal*. No se podía esperar nada mejor ni peor: algo nuevo. Esta obra es, cabalmente, lo que su autor es, el reflejo de su medida. Libro exacto, delicioso, pero en el cual —hay que decirlo— no hay nada realmente *historiado* y en el que no sale tan bien ni tal mal, pero algo desvalorizada y jibarizada, nuestra literatura. Historia no, es claro: estudios literarios de personalidades, sin que nada se toque del “imponderable sociológico”, en el que, no se necesita decirlo, Alone, hombre de buen gusto, de público dominguero y regalón, no cree.

El es hijo de sus lecturas. Es un autodidacto que, en lo nacional, reconoce tres o cuatro maestros —elegidos y no impuestos— para afilar su juicio excluyente: nada bueno habrá, en lo que a lo civil toca, sin el sello portaliano. Nada más grande, cabal y certero, en la apreciación histórica, que un hombre sin historia, sin cátedra, casi un desconocido hasta la víspera, don Francisco Antonio Encina, otro autodidacto, otra celebridad nacional, porque Encina escribe bien, porque lo que arguye y prueba, lo hace con evidente mucho más brillo que el sereno, pesado y glorioso don Diego Barros Arana, y porque aquél entra en el corazón de la historia más allá de lo cronológico en un clima interpretativo que Alone, al afrontar esa historia en el campo literario, no osa arremeter. En lo literario, su entrañable amigo y maestro será, por excelencia, Eduardo Solar Correa y, otro muerto, que se hundió en la provincia, un afrancesado, Eliodoro Astorquiza. Ellos le confieren las armas de la ilustración. Para don Emilio Vaïsse, respeto, admiración al maestro que le dejó la *sedia* pontificia. Así también don Pedro N. Cruz y don Agustín Barriga.

Los ensayos “personales” con que enfoca la colonia al través de Ercilla, Pedro de Oña, el Padre Ovalle, Pineda y Bascuñán, el Abate Molina, el Padre Lacunza, tienen el mejor logro como crítica individual y el mayor enlace y correlación, entre sí, en toda la obra. Admira y realza el valor venerable de cada uno, pero sin perdonar nada a ninguno. De *La Araucana* dirá que es un

libro carente de amenidad, que nadie podrá sumergirse en él para hallar deleite porque sufrirá mucho en la prueba. ¡Pobres octavas reales que tanto afán dieran al poeta haciendo mucha poesía y no poca historia! Opinión nada nueva, pero tal vez muy a gusto del público, porque a los clásicos no puede pedírseles amenidad perentoria y permanente... Pedro de Oña, mejor poeta que Ercilla, no era un épico, pero escribió o pretendió escribir una epopeya a pedido de don García Hurtado de Mendoza. Resultado: no logró la epopeya y agotó su vena lírica sin obtener el acento robusto que aspiraba. A Alone le entenece el Padre Ovalle, su fina sensibilidad, su imaginación, su espíritu libre que resiste a los embates del conceptismo y culteranismo, pero ingenuo, crédulo, exégeta, con un libro construido en el destierro y... de memoria. No menos de su agrado es Pineda y Bascuñán. Y los grandes jesuitas: Diego de Rosales, Miguel de Olivares, Juan Ignacio Molina y el Padre Lacunza, que conquistara la primera celebridad internacional para Chile, en pleno siglo XVIII.

Aunque en el siglo XIX, Alone aguza su escalpelo al través de doce personalidades representativas, sólo dos de ellas, Pérez Rosales y Alberto Blest Gana, salen bien parados del análisis para la posteridad. Ni Camilo Henríquez, ni Egaña, ni siquiera don Andrés Bello, cuyos títulos literarios halla en *La Oración por Todos* (una adaptación) y la silva *A la vegetación de la Zona Tórrida*, queriendo olvidar, tal vez, toda la obra crítica e histórico-literaria del gran venezolano (el estudio sobre el Mio Cid por ejemplo).

Los poetas del siglo XIX ni que nombrarlos, no hay uno, quizás ni siquiera don Salvador Sanfuentes. Entre los periodistas apenas saboreará a los Arteaga Alemparte "propensos, sin embargo, a cierta elegancia afectada". Entre los historiadores, Barros Arana, pero sólo con un saludo a la estatura, a la estatua y al paciente obrero que logró hacerse de un estilo "claro y sencillo, al fin no exento de sobria elegancia y hasta con un poco de emoción". Pero monótono e impasible. (Tenía que regalar su historia para que la leyeran). Finalmente, entre los oradores, don Juan Agustín Barriga. De los demás "queda sólo una prosa deleznable deshaciéndose entre galas descoloridas".

Es claro que todo este balance esterilizante es el fruto lógico del método "personal": la radiografía escueta, estética, del autor sin su engranaje en el curso y la tendencia de su época, en suma su explicación vital o nacional. Y así entre regresos y negaciones, vamos llegando al siglo XX, sin hallar una interpretación

histórica, el hilo de un encadenamiento. Los grandes acontecimientos de aquí y de allá han sido borrados, sin dejar rastro espiritual en esas páginas tan agudas, sin que sirvan de nada para los agrupamientos o decursos que los hechos, las obras exigen para ser significativos y caer en lo histórico, en una palabra.

Al analizar la epopeya de la literatura del siglo xx, cuando ella se hace más cierta, más nacional, más en deuda con el país mismo, Alone precisamente invoca un método aún más personal, el de las "simpatías y las diferencias", que declara la posición más justa. Cortando por lo sano confecciona un diccionario biográfico "personal", en el que, naturalmente, imperan esas simpatías y diferencias, sin disimulo, y donde, aparte de las arbitrariedades en el trato de cada autor, los olvidos y los excesos intencionados y burlones (ver Juan Marín), la yuxtaposición de los valores, hay omisiones imperdonables en una segunda edición aumentada (la de Daniel Belmar, por solo indicar una). Pero el ditirambo abundará para ciertos noveles.

Es claro que con tal procedimiento risueño sorteja toda dificultad crítica superior, confiere breves notas a los consagrados y a ciertos iniciados extensas parrafadas anecdóticas que evidencian, más de alguna vez, la contribución comanditaria de ellos mismos.

Y es aquí, en esta parte —él ya actor de nuestro acontecer—, donde se revela otro polo negativo de su carácter para tratar a quienes no compartieron su favor, sus gustos. Porque no está bien, en un hombre de su talla, seguir echando paletadas de tierra inútil sobre una fosa memorable donde descansa el cuerpo consagrado de un maestro. Y con ayuda de vecino. Resulta pueril.

¿Por qué llamar a esto *Historia*? Lo mejor del libro está en el prólogo y en los capítulos iniciales, en la Colonia; hay allí un nexo, la figura de Ercilla, que contribuye a dar unidad a sus capítulos. ¿Por qué no halló ese nexo en los demás? . . . Es lo estructurado de esta historia personal. Lo demás parece agregado, como fruto del cansancio, de la duda, como una falla en la madurez del juicio, como hecho para soslayar dificultades interpretativas y la verdadera tarea de una crítica trascendente. ¿Falta de capacidad del autor? No. ¿Quién puede negársela a quien escribiera el más hermoso estudio literario chileno escrito hasta ahora, su biografía de d'Halmar?

La mitad del libro la constituye una antología muy bien escogida. Si no estuviera tan desprestigiada la palabra ¿no sería me-

¿jor hablar aquí no de una *historia personal* de la literatura de Chile sino de una *crestomatía personal* de Alone?

Sería menos culpa para él. Alone no es un catedrático, ni un historiador, ni un sociólogo. No quiere serlo. Detesta serlo. El es otra cosa, es un escritor, un crítico, un esteta incorregible.

PICÓN-SALAS y SUS ANTOLOGÍAS

Valparaíso, junio de 1923.

Un joven venezolano acaba de bajar del barco. Es el único de su nacionalidad entre ochocientos emigrantes españoles e italianos. Nadie lo acompaña. Nadie tampoco lo conoce en esta tierra. Está solo y con muy poco dinero. ¿Por qué ha venido hasta aquí? . . . Buscando donde alojarse camina por la vieja avenida Ecuador, portando una pequeña maleta. Sin saber dónde le conducen sus pasos, cruza, de pronto, una ventana donde hay algo que detiene sus ojos. Es un aviso que dice "Se necesita dependiente". Entra. El lugar es sombrío. Es una casa de empeños, un Monte de Piedad: muebles, enseres, horribles objetos de arte florón, inútil, periclitado. Dentro hay un anciano silencioso, una pequeña deidad polvorienta, que le sale al paso. El muchacho le confiesa que él no es un cliente, que busca un empleo, y entre el viejo y el joven se llega rápidamente a un trato:

—¿Cómo se llama Ud? . . . ¿Español?

—No, venezolano, de Mérida. . . Picón-Salas.

Y así Picón detiene en Valparaíso su viaje a Santiago. Un poco quizás porque la capital le aterra. Sus amistades en este país son, algunas, ya del otro mundo: Bello, Lastarria, Medina, Lenz. A lo lejos Santiago le parece una cosmogonía remota y cruel. Allí, cuarenta años atrás, Rubén Darío, con otra maletita centroamericana, ha paseado y sufrido su sed y su hambre. Y él apenas es un estudiante de historia, un aprendiz de escritor, es decir, nada, probablemente, nada después.

Donde el viejo buhonero hay bien poco que hacer. Tiene salida franca que aprovecha para ir a la Biblioteca Municipal a buscar lectura. Así traba conocimiento con la literatura nacional. Cae en sus manos el último libro de Eduardo Barrios y escribe un artículo que un diario porteño acoge cordialmente. Allí también le proporcionan la dirección del novelista y Mariano, respetuosamente, tímidamente, le envía el artículo. Contestación inmediata del escritor homenajeadó a quien le intriga la personalidad del venezolano, ese estilo tan logrado, abundante, rico.

Lo invita a verlo en su casa, en la plaza San Isidro, donde hay tertulia literaria. Picón salda su contrato con el buhonero de la Avenida Ecuador y se viene a Santiago.

En la tertulia de Barrios se habla de libros, de autores, de arte y, tal vez, un poco demasiado ya, de política. Conoce así Picón, en casa de Barrios, a un *tout* Santiago muy gárrulo, muy *à la page*. Y lo que es mejor, allí Picón halla una forma de vida más de acuerdo con su dignidad: los buenos informes que proporciona el anfitrión le procuran una plaza de inspector en el Instituto Nacional. Luego entra con la Biblioteca Nacional, donde gana una plaza de catalogador. Como le quedan horas libres, escribe en una vieja, alta y ruidosa Underwood; charla, hace peña sociológica, histórica y bibliográfica con don José Toribio Medina, Melfi, Feliú e inicia, con mayor seguridad económica, sus estudios en el Instituto Pedagógico. Años oscuros y alegres. Alumno silencioso, llegará Picón, luego, a ser un brillante profesor universitario.

Tanto lee, entonces, tanto estudia, que sus ojos se van cansando y adquiere ese aire distraído y miope de quien acortó el campo visual a la página del impreso; porque, además, escribe con devoción y alevosía, en cuanta revista, diario, publicación doméstica o extranjera lo solicite, y, si no, de *franc-tireur*. En la tertulia de Nascimento se informa y mantiene los contactos, conoce las novedades de librería. Allí concibe un libro didáctico, cuya perspectiva seduce a don Carlos George, quien hará de él una horrible edición de fácil venta. *Imágenes de Chile* resulta de pronto un libro comodín y lo escribe con Feliú Cruz. Es tan bueno y completo que se puede dar un Bachillerato sobre Chile con todo lo fresco que hay dentro de él. Picón se va poniendo muy chileno y ya nunca dejará de serlo. (Pero con Chile ocurre siempre algo tremendo. Si se sale, ya no se vuelve, pues todo es distancia, traspuestas apenas las fronteras cardinales del Norte lunar, del Sur antártico, del Oriente andino y del Oeste oceánico...).

Picón cabalgó todo nuestro país central, como profesor, como conferenciante. De este transitar son frutos sus ensayos sobre Cautín e *Intuición de Chile*. En todas sus páginas está presente la peripezia chilena: en *Registro de Huéspedes*, novela; en su ensayo *En la "Fértil provincia señalada"*; en su recuento sobre Neruda (1935); en el *Testamento de Gabriela*; en *Medina, albacea de la historia de América*; en la síntesis *Pequeña nota sobre la nación chilena*; en el estudio biográfico sobre Miranda al tocar los precursores en Londres.

Pero hay más de su chilenidad. Porque Picón entonces viaja y escribe por Chile, por su Universidad y su Facultad que representa brillantemente en misión en el Perú. Sus ensayos sobre este país son como un *compte-rendu* para nuestras academias. Diserta en el Perú sobre nuestro arte, nuestras letras, siempre como profesor de la Universidad de Chile. En Santiago hace cábalas literarias, organiza y vivifica el bizarro Grupo *Indice*. Conspira en su casa de la calle Serrano cuando llega la hora chilena de la conspiración. Es joven este delgado Aviraneta que teme por su condición de extranjero. No hubo un solo chileno, entre 1927 y 1931, que no conspirara. Y Picón tuvo también esa hora como tantos Alejandro Bermúdez.

1936 es año con significado profundo para Picón-Salas. Es la vuelta a la patria liberada. Entonces, precisamente entonces, es cuando su chilenidad parece más viva. Caracas se llena de técnicos y pedagogos chilenos, cuya venida él ha promovido porque conoce la excelencia de cada uno y necesita el espectáculo de una chilenidad peregrina. Contribuye a orientar una nueva política: no ensayar europeos transplantados en la reconstrucción educacional, porque ello implica un largo trabajo de reajuste. No. Evidentemente era mejor traer chilenos que llegarán pronto a ser unos verdaderos venezolanos. Y así se hicieron las cosas allá por Picón, por Prieto, por Adriani, ese arquetipo de estadista moderno, prematuramente muerto, a quien consagra Picón un fraternal estudio póstumo que edita primorosamente en Checoslovaquia mientras representa a su patria en Praga.

Hay después una corta vuelta a Chile, un regreso a la Universidad, mientras se arreglan ciertas cosas en la patria nuevamente hostil, un corto año bisiestro, que marca un hecho venturoso: el nacimiento, en Santiago, de su hija Delia, en la Pascua de 1937.

Hasta aquí los lazos que le atan a Chile son muy fuertes. Pero este regreso al Caribe que inicia en 1938, es casi ya sin retorno. Si ahora sale de Venezuela por obligaciones o por desvinculaciones civiles, su ruta endereza al norte de Capricornio: Estados Unidos, México, Puerto Rico, Colombia, Brasil, Europa. Vida de escritor y diplomático.

México le deja una profunda huella que se patentiza en los ensayos que agrupa después bajo el título de *Gusto de México*. México lo viaja, lo sufre, lo goza y él se cristaliza su americanismo de hoy, en una etapa de desterrado voluntario. Colombia le deja una herencia, *La vida de Pedro Claver, el santo de los esclavos*.

vos, libro de larga gestación, pues el santo al cual explora su tránsito terrenal, motivo de hagiografías parroquiales, se le dispara al cielo a cada rato. No hay documentación seria sobre su vida real. Es en Cartagena de Indias y en Bogotá donde halla, al fin, el verdadero rostro de esa existencia. Con aquellos preciosos antecedentes en mano, tan larga y devotamente esperados, escribe el libro en un mes, poseído del deseo de la realización, henchidos de capítulos que van saliendo a flor de pluma.

Es una hora de tranquilidad, de buena cosecha ésta que vive ahora Mariano. Su patria lo ha hecho embajador ante la UNESCO —tercera embajada—, rango que el representante venezolano exhibe como miembro del Comité Ejecutivo que preside el organismo internacional. Picón vive en París, en el Bois. Pero sueña con América y quiere el *pathos* terrible caótico y volcánico.

Mariano ha escrito miles de páginas americanas. Son ensayos, novelas, biografías. Se ha colocado por el mérito de su pasión y el brillo de sus páginas entre los mejores prosistas del continente. Y ha llegado su hora terrible de las antologías. Primero en Chile, un profesor de la Universidad de Concepción, Juan Loveluck, ordena una excelente colección, editada por *Zig-Zag*, en 1960.

Esta antología pasa, ¡ay! casi enteramente inadvertida para la crítica siempre circunscrita al corro doméstico. Ceguera, estupidez, injusticia. Yo hablé entonces con un crítico, extrañado de este silencio. Me contestó:

—Cómo escribir de un libro tan grande con una letra tan chica . . .

Como un corrector de pruebas. Y hay en la selección de Loveluck no poco de Chile. ¡Y qué páginas! Ese estilo de evocaciones que penetra en lo vivo de la perspectiva histórica, siempre en un plano interpretativo superior, deslumbrando con su riqueza barroca, el hallazgo de similitudes y consanguinidades; estilo en que se mezcla la elegancia y pluralidad de lenguaje unida a igual cosecha de conocimiento e información.

Ahora las ediciones *Edime* (Caracas-Madrid), entregan sus *Obras Selectas*, ordenadas por el mismo autor, en un tomo liviano, flexible, a pesar de sus 1.500 páginas, con canto dorado, en papel Biblia . . . Un homenaje nacional a un consagrado.

En América se puede escribir de todas las maneras. Pero será mejor escribir en americano, entendiéndose por ello cierta novedosa liberalidad en el idioma, la dirección americana de los temas y su proyección. Con el castellano no podemos ser peninsulares sino continentales. Y es honrado y legítimo que así se haga:

parecerá mejor al peregrino que nos lee; de tal guisa estaremos en bienaventuranza de novedad y originalidad. No importa que haya el rechazo de algunos. Pero podremos, por tal camino, universalizarnos, es decir, agregar una voz valedera universal.

En Picón se cumple enteramente este propósito. Si su castellano es perfecto, su estilo y su intención son americanos por el caudal del discurso adornado de nuevas voces criollas y la clara dirección de sus temas. Su formación intelectual y académica tiene un destino irremediable: lo americano.

Europa, donde vive actualmente, le ayuda en la percepción de los contrastes. Picón supo afrontar la responsabilidad de su hora de escritor. Ha sufrido todas las contingencias de su generación, ha sufrido y se ha alimentado de sus errores, acaso de la culpa de sus indefiniciones.

Pasada la hora de los polígrafos americanos del siglo XIX que escribieron para educar y civilizar, viene esta otra ola de escritores, menos seguros y más audaces, más aventurados y aventureros, que volviendo a tomar las cosas desde el principio, no van a impartir conocimientos escolares sino a poner lo anterior frente al abismo de la duda. Es el revisionismo de nuestros días, la busca de un rostro seguro. En su parte, esta línea se identifica, en la crítica interpretativa, con la actitud de Alfonso Reyes, tan hispanista como mexicano, tan puro, tan purista, línea que viene a hilvanarse, en alguna parte, con Arciniegas, con Picón-Salas, hombres de letras *par excellence*, pero con la inquietud que agita al cuerpo social americano y su raíz histórica. Habrá que excusarles envidiosamente sólo haber llegado a una hora fácil y temprana aún para el verdadero estudioso, entre categorías diplomáticas, antes de las urgencias que se ven venir por un turbio horizonte. Hora por venir en la cual el hombre y su individualidad sea cosa de no poder salvar, sea cosa de sacrificar temporal o eternamente.